Una amistad imposible

Andrea Ferrari

Ilustraciones de Sabrina Dieghi

loqueleo

Capítulo 1
(donde los personajes se presentan, pero lo hacen mal)

—¿Están ahí?

Simón mueve su enorme cabeza de un lado al otro buscando.

—Claro que están —susurra Moma—. No se supone que los veamos, pero están.

—¿Tendríamos que presentarnos?

—Creo que sí. Usted primero.

—Bueno. —Simón se adelanta nervioso y grita—: ¡Buenos días a todos!

Moma suspira con los ojos entrecerrados.

—¿Buenos días? Son las cuatro de la tarde.

—No empiece a corregirme. —Simón vuelve a elevar la voz—. ¡Buenas tardes a todos los lectores y las lectoras! Yo soy Simón, el león.

Moma da un saltito hacia adelante.

—¡Y yo Moma, la paloma!

—Venimos a contarles una historia increíble.

—Espectacular.

—Una historia que los va a sorprender.

—Y a emocionar.

—Es la historia de nuestra inesperada amistad.

—Algo que parecía imposible.

—Porque, se habrán dado cuenta —Simón sonríe y se ve su gran lengua roja—, yo soy un león.

Las alas de Moma se agitan.

—Y yo una paloma.

—Yo soy enorme.

—Y yo pequeña.

—Yo tengo melena.

—Y yo plumas blancas.

—Yo puedo rugir.

—Y yo piar.

—Yo tengo colmillos.

—Y yo un pico.

—Yo soy valiente.

—Y yo… Yo también soy valiente.

Simón la mira.

—Mmmm… bueno, sí. Pero nuestra amistad es muy inesperada porque yo, normalmente, ya me la hubiera comido a ella.

Moma levanta una ceja (algo que muy pocas palomas pueden hacer).

—¿Normalmente? ¿Desde cuándo es normal comerse a los amigos?

—Bueno, los leones se comen a los seres más pequeños. Es la ley natural.

—Ley natural un pepino. Se comen a los que pueden agarrar. Y se les escapan unos cuantos. Se creen unos reyes los leones, pero la verdad es que…

—Mire, si yo quisiera comérmela…

—¿Me está amenazando?

—No. —Simón vuelve a bajar la voz—. Creo que empezamos mal.

—Horrible. Deberíamos hacerlo otra vez.

—¿Si lo dejamos para el capítulo dos? Estoy cansado.

—Bueno, dejémoslo. Usted se cansa rápido.

Capítulo 2
(donde se empieza a contar la historia: ¡no se vayan!)

—¿Usted cree que siguen ahí?

Moma mueve sus alas y se eleva unos pocos metros.

—Seguro. Y son muchos.

—¿Grandes o chicos?

—Chicos, sobre todo.

—Por ahí escuché que si se aburren, se van. Cierran el libro, paf. De pronto, te quedaste hablando solo.

—No creo que se hayan aburrido. Además, recién empezamos. Pero aceleremos un poco: tenemos que entrar en tema para cumplir con el contrato. Ya sabe lo que dijo la Autora.

—Creo que… —Simón sacude dubitativo la cabeza—. No sé si me acuerdo. ¿Qué dijo?

—Que hay que resaltar los detalles, el escenario, las escenas dramáticas, todo eso. Ponerle mucha emoción. Habló de heroísmo, de enseñanzas.

—Por supuesto, ya me acuerdo todo.

Simón se adelanta un paso y eleva la voz.

—¡Buenas tardes, otra vez, lectores y lectoras! Vamos a contarles esta historia espectacular que sucede… ¡en la selva!

Moma asiente con entusiasmo.

—¡En una selva muy peligrosa!

—Exactamente. Porque las selvas son lugares llenos de amenazas. Hay cocodrilos…

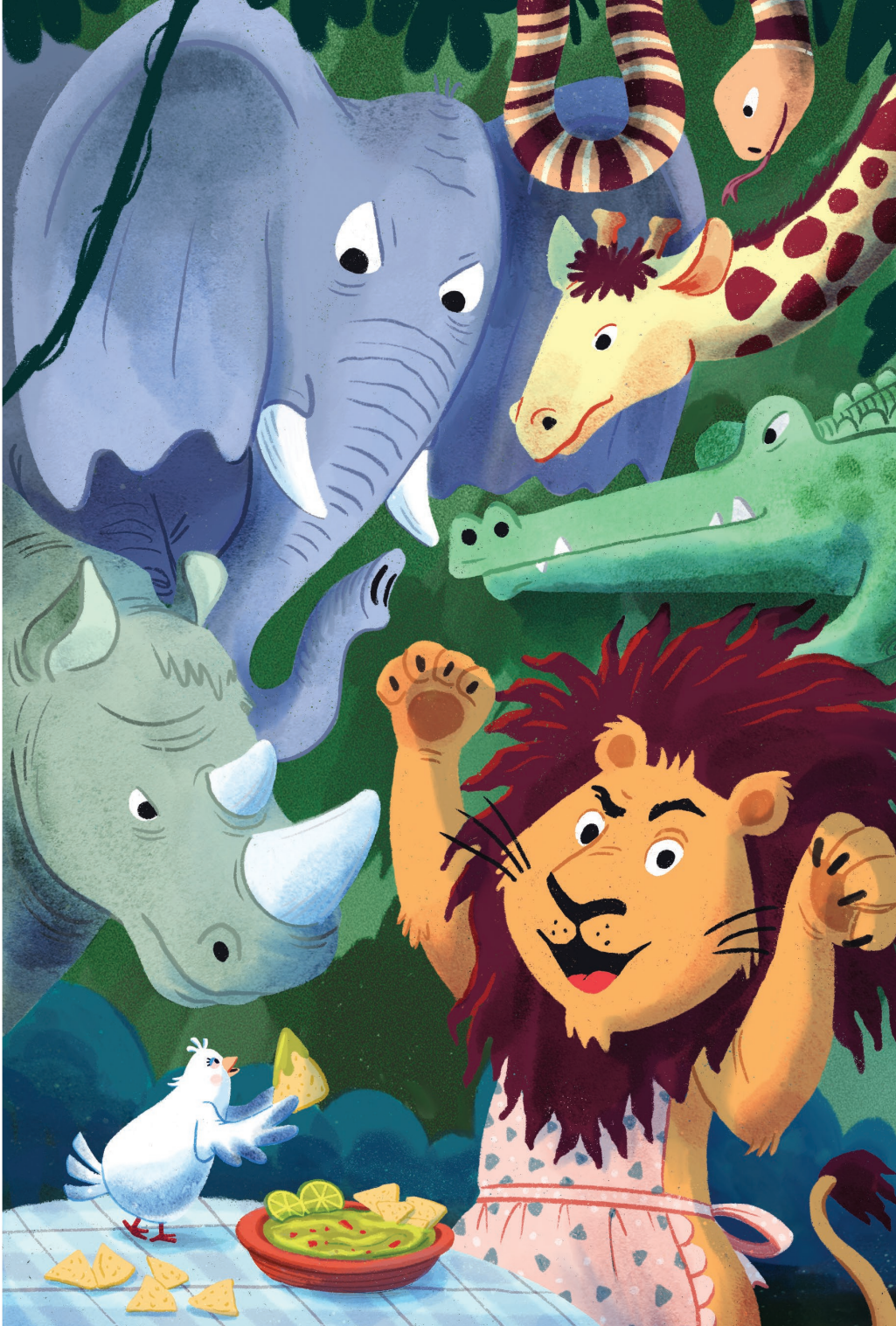
—Y manadas de elefantes.

—Y rinocerontes.

—Y serpientes venenosas.

—Y jirafas.

—¡Y guacamole!



—¿Guacamole? —Simón frunce el entrecejo—. No, eso se come. Usted quiere decir guacamayos.

—Eso, ¡guacamayos!

—Sí, son unos pájaros de colores. Gorditos. Jugosos. Ay, Moma.

—¿Qué?

—De solo pensarlo me dio un hambre…

—¿Hambre?

—Tengo tanta hambre que me comería…, no sé, ¡cualquier cosa!

Moma da un salto y se aleja de Simón.

—¿Cualquier cosa? ¿Y qué le parece un sándwich?

—¡Perfecto! A mí me gusta el jamón, ¿a usted?

—Las migas.

—Le separo unas cuantas.